

MANIPULACION DE UNA CRISIS

El final del «bloqueo» del petróleo árabe a los Estados Unidos, confirmado por Sadat, es una noticia que se complementa con otra, infiltrada, que asegura que el bloqueo no ha existido nunca realmente, que el petróleo ha seguido llegando a los Estados Unidos por vías disimuladas —con conocimiento, desde luego, de los árabes—, incluyendo algunos trasvases realizados por la URSS en puertos alemanes, y que incluso la elevación de precios para los Estados Unidos ha sido menor de lo que ha supuesto para otros. Y de lo que ha supuesto para el consumidor. Se han denunciado ya los beneficios extraordinarios de las siete compañías internacionales —con capital y dominio prácticamente de los Estados Unidos—, y hasta se ha propuesto que devuelvan el exceso de beneficios obtenidos por esta situación: la propuesta ha llegado al Congreso de los Estados Unidos en forma de un proyecto de Ley de urgencia, y ha sido rechazado. No ha lugar. Con todo ello, Nixon ha podido exhibir una baza más en su discurso sobre el Estado de la Unión, y hasta una frase de energía técnica: «Nuestros amigos del Cercano Oriente deben saber que los Estados Unidos no aceptarán ninguna coacción en este aspecto». Pero sus amigos árabes saben ya que algunas de las condiciones de la retirada de Israel en la línea del canal y la que se negocia ahora con respecto a las alturas del Golan están relacionadas con el levantamiento del bloqueo. De un bloqueo que quizá nunca existió.

Todo este conjunto de hechos —o de sospechas— da un carácter muy especial a la reunión de países consumidores de petróleo que ha de celebrarse en Washington el día 11. La convocó Nixon en el centro de la crisis; ha ampliado la convocatoria a algunos países y, tal como se ve ahora, estará formada, además de por los Estados Unidos, por Bélgica, Canadá, Dinamarca, Alemania Occidental, Holanda, Irlanda, Italia, Japón, Luxemburgo, Noruega, la Comunidad Económica Europea (como institución) y la Organización de Cooperación Económica y Desarrollo. La participación de Francia es una incógnita.

En principio, ha tratado de realizar sus arreglos con los países productores directamente —mediante el viaje del ministro de Asuntos Exteriores, Jobert, a Arabia Saudita, Kuwait y Siria— y ha considerado con frialdad la invitación de Nixon. Dice Jobert que es una «provocación virtual» a los países árabes, que pueden considerar la reunión como una especie de asociación de consumidores que traten de burlar la subida de precios. En realidad, la sospecha de Francia —y la de muchas naciones del mundo— es que el hábil manejo de la crisis por los Estados Unidos tiende a coronarse con una especie de maniobra que la permitiría controlar el uso

de las centrales nucleares. Parece que, además de las relativas ventajas militares y políticas puramente circunstanciales, le ofrece una amplia ayuda para instalar centrales nucleares e industrias dependientes de esta energía con las que podrán hacer frente en un futuro a la caída del uso del petróleo, bien por su agotamiento, bien por el mejor precio y las mejores condiciones de la energía nuclear (1).

El acuerdo de cooperación se decidiría ahora a cambio de una reducción de los precios actuales y una desaparición del bloqueo, y con el fin de utilizar precisamente ahora el petróleo para la construcción de las centrales nuclea-

en 1973 han sido de un 54 por 100 más que en 1972 (en el último trimestre del año, el trimestre de la crisis y de la subida de los precios, de un 94 por 100 con respecto al mismo trimestre del año anterior), de manera que ha podido repartir un dividendo de 4,94 dólares por acción (en 1972, 3,32). La Exxon (antigua Esso) anuncia un beneficio del 59 por 100 superior al del año anterior, la Mobil, de un 47 por 100, la Texaco, de un 45 por 100. Las tres compañías menores (dentro de este gran grupo de las «siete hermanas») anuncian cifras similares. La Phillips Petroleum dice que en el último trimestre de 1973 ha sobrepasado el doble de los beneficios del último trimestre de 1972; la Sun Oil señala para el mismo período un incremento del 59 por 100, y la Marathon dice que en el año 1973 ha obtenido un beneficio superior en el 62 por 100 al de 1972. Estas son las cifras dadas por ellas mismas.

Son estas compañías y las estrechamente ligadas a ellas —como las locales que producen energía térmica, o las eléctricas— las que tienen más desarrollada la investigación y la producción de energía nuclear por uranio enriquecido, no puesto hasta ahora en funcionamiento en razón de que sus precios eran superiores a los de la energía producida por el petróleo. La vertiginosa subida de los precios del petróleo ha acortado muy notablemente esta distancia, y el progreso tecnológico trata también de abaratarla. Las protestas de los ecólogos no parecen suficientes para cortar esta gran operación, que parece hoy básica en toda la política exterior de los Estados Unidos.

El papel de Europa

¿Pueden los Estados de Europa contrarrestar de alguna manera esta situación? Encontramos siempre el mismo obstáculo: Europa está lejos de representar una unidad, la misma crisis ha engendrado otra crisis, la política de «sálvese quien pueda» está en pleno apogeo. Francia, que constituye el desafío más visible a los Estados Unidos, está viendo rápidamente deteriorarse su moneda mientras sube la de los Estados Unidos, sus aliados europeos se separan ostensiblemente de ella,

El día 11, los consumidores de petróleo van a Washington para escuchar la voz de Estados Unidos.

occidental del petróleo, sus precios y sus contingentes, y que de ello obtendría importantes provechos para su política nacional. El primer ministro, Messmer, ha dicho que sería «ilógico y peligroso» aceptar los planes de los Estados Unidos para una acción común, y que el tema debía quedar dentro de Europa.

«Proyecto Independencia»

El proyecto principal de Nixon consiste en mostrar a los países que por algunas razones son aliados o amigos que es preciso concertar una acción común para no depender de fuentes de energía que están en manos de otros. Lo que estos países temen es que las fuentes de energía terminen estando, de alguna manera, en las manos de los Estados Unidos. Prácticamente lo están, y la misma forma en que se ha manejado la crisis lo demuestra.

Nixon habla para el interior de un «Proyecto Independencia» —lo nombró así en una declaración del 7 de noviembre— que trataría de que en 1980 la nación produjera por sí misma la energía necesaria para todo su consumo. No se reduciría, naturalmente, a la del petróleo y el carbón, sino a la energía nuclear, con aportaciones de la solar. En las negocia-

res. Simultáneamente, ofrecería a los países consumidores de energía en la conferencia del día 11 una forma de sustitución de las fuentes de energía por combustibles fósiles por otra dependiente del uranio enriquecido. Lo que unos y otros países temen es que la ciencia y la tecnología nuclear están ahora enteramente en manos de los Estados Unidos, y seguirán estándolo en el futuro, aun cuando Japón o los países europeos tratasen de forzar ahora su investigación y su fabricación: el «technical gap» se iría agrandando. Parece que Kissinger es partidario de compartir enteramente la tecnología de los Estados Unidos con sus aliados, pero que Nixon (y las grandes industrias) optan por que el control siga siendo enteramente americano. Es decir, que la relación de dependencia no desaparezca.

Grandes beneficios

Estas industrias son, más o menos, las mismas obras que ahora controlan el petróleo, las compañías internacionales que se han beneficiado de la crisis. En proporciones sin duda escandalosas. Los beneficios de la Standard Oil

(1) Véase número 592 de TRIUNFO: «La amenaza de la energía nuclear».

El euskera, unificado

El hecho de que la lengua vasca tuviera, por la variedad de sus dialectos, una perentoria necesidad de ser unificada, estaba, desde hace tiempo, en la mente de todo vasco consciente. Pero en el camino de esta necesaria unificación, el obstáculo fundamental radicaba, precisamente, en una de sus más hermosas virtudes: la riqueza.

Si bien esa riqueza apenas hubiera tenido entidad de problema en el léxico, sí la tenía, y muy grave, en ese engranaje sustancial de toda lengua, cual es el verbo.

Los verbos vascos, salvo unos pocos que por tener dentro de sí todos los elementos necesarios para la conjugación llamamos «sintéticos», se valen para su variadísimo juego conjugatorio de una serie de verbos auxiliares. Y la diversidad de estos últimos —distintos en cada región dialectal— venía a constituir, en orden a la unificación, un escollo que parecía a todas luces insalvable.

En efecto, junto a una sed de unidad, se daba entre nosotros el natural apego a las formas propias. Se daba también a niveles más rutinarios, cierta simplista convicción de que, «habiendo mamado el euskera, nadie tiene que enseñarnos absolutamente nada». Y, como colofón, la postura de quienes, por no sentir esa sed, esgrimen continuamente el argumento de que «la variedad es cosa buena». No es difícil adivinar que en tales posturas incidían más de una vez factores que van desde la pereza hasta la arrogancia, pasando por absurdas suspicacias de matiz pseudo-político.

Dejando a un lado todo este tumulto, una vez remontados a cierto nivel de conciencias responsables, teníamos, por fortuna, en el campo de la lingüística vasca, una figura indiscutida: don Luis de Mitxelena. Cuanto de serio se ha intentado hacer en estos últimos años ha querido invocar, de alguna manera, la universalmente aceptada autoridad de este nombre.

Tras de muchas idas y venidas, en 1970, medio centenar largo de escritores y estudiosos del euskera dan un paso importante hacia la soñada unificación. Es un pacto provisional, una especie de juramento, consistente en el compromiso de utilizar, en tanto una comisión encabezada por Mitxelena, bajo los auspicios de la Academia de la Lengua Vasca, dictamine cuáles sean las formas más idóneas, un esquema único previamente aceptado por todos.

Fruto de este interesante convenio fue el libro «Batasunaren Kutxa» («Arca de la Unificación»), que ha sido hasta hace pocos meses el breviario de quienes, sobreponiéndose a sus naturales apegos, buscaba por encima de todo el logro de un «standard» básico.

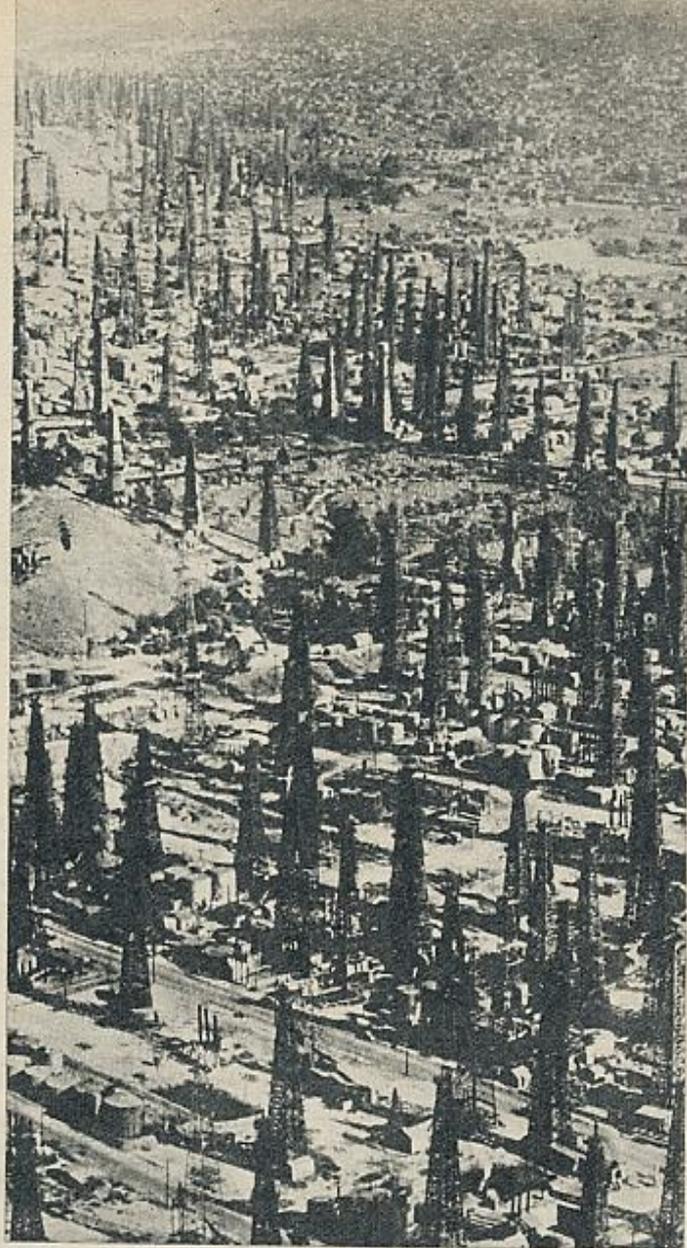
Entre tanto, una comisión de expertos, representantes de la totalidad de los dialectos, incluidos naturalmente los de allende el Bidasoa, había recibido de la Academia de la Lengua Vasca el delicado encargo de preparar la selección. Y la condición previa, unánimemente acatada por todos sus miembros, consistía en dejar al criterio final de Mitxelena la decisión definitiva.

Por fin tal decisión ha sido adoptada. Y ratificada plenamente por la Academia, que la hace suya. En la separata del boletín de dicha institución, donde el resultado final de todo este impropio trabajo ha sido publicado, hay unas palabras de presentación escritas por Mitxelena en un euskera perfecto: «La Academia de la Lengua Vasca —dice entre otras cosas— ofrece a los vascos un camino, en la persuasión de que, aun a sabiendas de que es arduo, vale más que no disponer de ninguno. Somos ahora los vascos quienes tenemos la palabra».

La palabra de los vascos no ha de ser, por desgracia, unánime. Habrá quienes sigan todavía anteponiendo sus miras localistas, municipales, o sus concepciones folklóricas, a lo que viene a ser, ni más ni menos, cuestión de vida o muerte para el futuro del euskera, como lengua eficaz, moderna y vinculante.

Pero sin llegar tampoco a la ingenuidad de creer que ya lo tenemos todo logrado, el hecho histórico de que estamos dando cuenta es ya, sin duda alguna, irreversible. Quienes representan nuestra mejor esperanza, los escritores de la nueva generación, así como la juventud estudiosa que ansiaba disponer de un instrumento válido y unificante, lo tienen ya en sus manos.

Los frutos de este trabajo han de ser recogidos a largo plazo: cuando, a partir del lenguaje escrito, descienda esta unidad, hoy apenas esbozada, hasta el habla de todo el pueblo. ■ B. DE ARRIZABALAGA.



Juan Aldebarán

la situación de su Gobierno es difícil en el interior.

Predominan, por otra parte, en Europa los intereses industriales, capitalistas, para quienes la escolta de la política económica —y general— de los Estados Unidos puede suponer ahora un aumento de beneficios o, por lo menos, una mayor seguridad de lo que supondría apartarse de ellos. La Europa industrial teme como al demonio (más, sin duda, que al demonio) la situación de desempleo y de pérdida grave del nivel adquisitivo que podría dar lugar a motines o a subversiones. Una nueva ola de anticomunismo brota en los países europeos, que lo habían matizado desde el final de la guerra fría y que ahora salta sobre todos los temas —como el de Soljenitsin, por ejemplo— para desanimar a los posibles revolucionarios.

Va estando cada vez más claro

que el entendimiento de la URSS y los Estados Unidos no alcanza ya a los países europeos más que en una medida muy relativa: la tendencia a constituir una «tercera fuerza» disminuye. Está claro que la Europa de los consumidores no gobierna, y que los consumidores consumen lo que les dan los grupos de poder.

Probablemente la conferencia del 11 de febrero no va a llegar a resoluciones visibles muy importantes. Los países productores no tendrán que ver en ella una amenaza, porque no la habrá. Son valores entendidos. Los países consumidores confirmarán que su dependencia de los Estados Unidos no ha terminado por ahora. Un comunicado más bien vago, una creación de organismos de trabajo será suficiente. Pero todos habrán acudido a los Estados Unidos y todos sabrán dónde está, por ahora, la verdadera fuerza. ■